

XXXI.

El aul de Djirgalantu.—Cacería de lobos.—Recepcion del cónsul de Rusia.—Panorama de Urga.—Fiesta rusa.—Visita á la Montaña sagrada.—Pesca con red y con cuchillo.—Bosque consagrado.—Inscripcion de caracteres gigantescos.—Las tres ciudades de Urga.—Los chinos en Mongolia.—Palacio del Guison-Tamba.

La estacion de Djirgalantu, donde se relevaron los caballos está situada en una magnífica pradera circuida de montañas. Algunos khalkhas habian establecido aquí su campamento: por aquí y por allá se



Un estanque en el desierto.

pradera, como humildes mensajeros de la fertilidad renaciente; grandes perros de puntiagudo hocico, de orejas derechas, de largas y nervudas patas, semejantes á lebreles, pero de crines negras y pelo largo en las articulaciones, perseguian con sus ladridos á los animales rezagados: su piel leonada y su feroz instinto los asemejaba á lobos.

El aul (1), á que pertenecian todos estos ganados, que Gomboe calculó en diez mil cabezas, contaba cerca de ciento cincuenta individuos de toda edad y sexo. Pasan por descendientes de Gengis-khan, quien en el siglo XII arrastró aquellas bárbaras hordas á la conquista del mundo, donde se esparcieron como un torrente devastador, desde los mares que bañan las costas de la China hasta el Danubio y centro mismo

(1) Pueblecillo de tiendas ó chozas.

alzaban miserables tiendas, junto á las cuales las mujeres y los niños ordeñaban las vacas, las ovejas y las cabras en odres de cuero, que los mozos trasportaban en largas perchas apoyadas en sus hombros. Envueltos en sus capotes de piel de carnero, algunos ginetes proyectaban su sombra inmóvil en medio de inmensos ganados de bueyes, caballos y carneros: habia sobre todo una infinidad de potros atados en dos líneas á estacas hincadas en tierra. De vez en cuando, las yeguas, abandonando la yerba del prado, venian con su hinchada ubre á amamantar á sus crias; algunos camellos pelaban las ramas de los sauces y de los álamos enanos, que se elevaban solos en medio de la

de Alemania. Djirgalantu es donde comienza el pais de los khalkhas, la mas grande y poderosa de las naciones mongólicas, que mas pacífica ya, parece haber olvidado sus ideas de conquista y acepta la influencia moral de los chinos y de los rusos, sus vecinos, sin comprender que es casi tributaria de los primeros, y será, no muy tarde, esclava de los segundos. Los khalkhas viven como nómadas; armando sus tiendas junto á las aguadas, emigrando cuando el sol ha secado las yerbas, que ellos queman en el otoño, y cambiando de campo, segun las estaciones, á fin de proveer al mantenimiento de sus ganados. Tal es ahora la única ocupacion de los descendientes degenerados de los terribles conquistadores del siglo XIII.

El 6 de junio á las cinco de la tarde, los viajeros se detuvieron en Dolon, donde debian pasar la noche. Solo estaban á unos 70 *verstas* de Urga, la capital



Campamento de Homoutch.

de los khalkhas, la gran ciudad de las estepas; lo que era fácil conocer por el aumento de la población. Sin embargo, la estación de Dolon está situada en un país salvaje, en medio de un bosque de pinos achaparrados. El reposo de la noche fue turbado por los aullidos de los lobos, muy numerosos en esta comarca, y á los que atrae el olor del ganado. Los lobos son los mortales enemigos de los khalkhas, que les hacen una guerra encarnizada. Poco comunes en el desierto de Gobi, donde les faltaría presa y no podrían por otra parte escapar á las asechanzas de los audaces ginetes que los persiguen sin descanso en la árida estepa, se refugian en estas montuosas gargantas, de donde salen todas las noches para devorar lo que encuentran. Los khalkhas matan muchos al acecho, y sobre todo con trampa. El animal cautivo es desollado vivo y abandonado luego á los perros, que lo rematan desgarrándolo fácilmente. Estas manadas de lobos no dejan de ser peligrosas para los viajeros aislados; y es prudente encender hogueras por la noche para tenerlos distantes.

En pie desde muy temprano, la caravana salió de Dolon á las seis de la mañana: á las once llegaba á la estación de *Susuluton*, la última antes de Urga. El vice-cónsul de Rusia, en esta ciudad, Schechmaroff, acompañado de un oficial y de veinte cosacos formados en orden de batalla, esperaba á los viajeros con carruajes tirados á la rusa: *troikas* y *tarentas*. Bajo una tienda adornada de flores y de tapicerías de seda de todos colores, se sirvió un espléndido almuerzo, porque había manteles (lujo inaudito en Siberia), manteca, pan fresco, un ansar salvaje, y un guiso de carnero cocido con verdadera leña y no con botiga como en el desierto.

«Enferma y todo, como estaba, dice Mad. de Bourboulon, tuve un gran regocijo, cuando ví en Susuluton las gorras de pelo y las lanzas de los cosacos. Los vigorosos caballos de los troikas, uncidos en abanico con sus arreos cubiertos de campanillas que agitaban piafando, tenían cierto aire europeo al lado de nuestros ruines corceles de largo pelo, montados por salvajes postillones. Verdaderamente ya estaba harta de desierto. El continente, la regularidad, la disciplina de los cosacos, los botones dorados de su oficial, hasta la casaca de cola de abadejo del vice-cónsul, me representaban al mundo civilizado y hacían palpitar mi corazón. Parecíame que ya estaba sana, que había entrado ya en mi vida ordinaria, después de haber pasado por las angustias de una extraña pesadilla; y cosa rara, esta impresión que yo recibía espontáneamente me hizo bien, pues mi salud fue mejorando desde Urga. ¿Quién sabe lo que hubiera sido de mí, á haber permanecido mas tiempo bajo el peso del abatimiento físico y moral que me causaba el desierto?»

La alegría de los viajeros fue aun mayor por la lle-

gada del correo mongólico espedito de Pekin con cartas y periódicos de Europa: es una sensación casi cruel, á fuerza de ser viva, esto de recibir noticias de los que se aman, de decir que su mano ha puesto el sello que nos llega inviolado hasta el fondo de las soledades mas ignoradas.

Esta solemne recepción había sido ordenada por Mr. Boikin, titular del consulado de Urga, que había pasado el invierno en Pekin, desde donde espidió sus órdenes á Mr. Schechmaroff. Después del almuerzo, que fue muy cordial, cada uno tomó asiento en los carruajes rusos, que partieron al instante á triple galope: partir mas lentamente sería una injuria para la cualidad de los personajes que iban en ellos, y es menester resignarse á romperse la cabeza con tal de conservar el decoro de la clase.

A partir de Susuluton se toma hácia el Oeste, al través de una bella pradera, donde no hay camino trazado: á la izquierda limita la vista una cadena de montañas cubiertas de bosque; á la derecha algunos hilos de agua serpean en la pradera, yendo á parar al río Tula. Cerca ya de Urga, se estrecha la pradera, las montañas se agrupan, el valle se achica y aparece el río en rápida corriente, pero vadeable por un banco de cascajo.

Desde este vado se ve un panorama magnífico: el Tula, sembrado de islotes cubiertos de álamos y sauces, divide en muchos brazos sus transparentes aguas, que murmuran entre las piedras y reflejan la belleza de sus pintorescas márgenes: por la parte de allá la inmensa pradera en que está situada Urga, se estiende como un tapiz de terciopelo verde hasta el horizonte, donde se confunde con el azul del cielo. Un movimiento, una agitación extrema animan el paisaje: numerosos ganados de todas reses, diseminadas por aquí y por allá en el prado, pastan bajo la guardia de sus pastores: infinidad de caballos indómitos retozan, y huyen y se persiguen en confusión fantástica; bandas de blancos yaks, reunidos en círculo, forman pintas de gracioso efecto en el verdeante fondo: una multitud de mujeres y muchachos se dirigen al río á traer agua; y pescadores y braceros y bañistas divagan alegremente á lo largo de sus orillas. A lo lejos se columbra con sus calles de empalizadas y sus casas de tiendas, la ciudad de Urga, que parece un vasto campamento, dominado hácia la izquierda por las cúpulas, los campanarios, las mil doradas pagodas de los dos palacios del dios vivo de los Lamas' el *Guison-Tamba*. Para coronar, en fin, este mágico punto de vista, á la derecha se eleva la montaña sagrada, el misterioso asilo de todas las supersticiones búdicas, cubierto de un bosque impenetrable, cuya verdura sombría está interrumpida á trechos por grandes piedras blancas, labradas y consagradas por los caracteres de la escritura simbólica.

Al llegar á Urga, los viajeros se dirigieron sin demora hácia el consulado ruso, en que estaba enarbolado el pabellón francés al lado del nacional. Una salva de petardos y fusilería anunció la llegada de los viajeros, á quienes rodeaba ya una masa de espectadores incómodos, bien que pacíficos, que los cosacos de la escolta dispersaban á latigazos. Todo el personal del consulado estaba de uniforme, intérpretes, oficiales de cosacos, galoneados hasta las costuras: todo esto es menester en estos países salvajes, donde el relumbrón de los vestidos es la insignia de la magestad personal.

El consulado ruso es el antiguo palacio del mandarín chino, encargado por el soberano del Celeste Imperio de sostener relaciones políticas con el Guison-Tamba, jefe espiritual y temporal de los khalkhas. Este palacio se compone de tres vastos patios plantados de árboles y rodeados de edificios de mezquina arquitectura y techos á la chinesca. El conjunto forma un cuadrilongo circuido de empalizada que casi pudiera sostener un sitio. El pabellón que se había reservado al ministro de Francia, en el fondo del tercer patio, estaba amueblado á la rusa, con butacas de tafete verde, tapices ingleses, mesas de madera pintada; pero no había camas. En la Siberia es mirado como superfluo un mueble tan preciso en todas partes. Madama Bourboulon se hallaba tan mal, de salud que ni pudo visitar el consulado; y para que reposara de las fatigas pasadas y tomar fuerzas para las venideras, se le arregló un aposento con todas las comodidades posibles. En cuanto al séquito, no habiendo localidad suficiente se les alojó bajo una tienda en el primer patio del palacio.

No se penetra en una de las ciudades mas misteriosas del extremo Oriente, apenas conocida por los europeos, sin experimentar una gran curiosidad. Desde el día siguiente al de la llegada, Mr. Bourboulon, queriendo pasearse sin escolta por la ciudad mongólica (se le había garantido la muchedumbre de los habitantes) se encaminó muy temprano al través del cuartel ruso hácia las márgenes del Tula. La gran pradera donde pastan los ganados de aquellos vecinos tienen en este punto mas de 2 kilómetros de anchura. A vista, de su traje insólito, los bueyes mugían, los yaks dirigían hácia adelante sus enroscados cuernos, los caballos galopaban, los perros enseñaban sus agudas presas, rugiendo sordamente, mientras que los pastores inmóviles le miraban con tamaños ojos abiertos y alarmados. Después de haber arrojado todas estas amenazas, Mr. Bourboulon llegó á la orilla del Tula, y se sentó sobre un ribazo al pie de un abedul. Estasiado ante aquel bello paisaje, halagado por el murmullo del agua y gozando ávidamente, después de la aridez del desierto, la fertilidad de aquella rica y pintoresca naturaleza, se había su-

mergido en sus pensamientos, cuando oyó un ruido de confusas palabras cerca de sí: eran mongoles de alta clase, *taitsi*, aristócratas que se esforzaban en hacerle comprender con multiplicados signos, que si deseaba pasar el río, ellos lo llevarían á la grupa de sus caballos. Mientras que les daba gracias por sus buenos deseos del mejor modo que le fue posible, sus criados dirigían hácia el río una multitud de potros que acababan de comprar en Urga. La actitud de aquellos mongoles estaba llena de dignidad y temple al mismo tiempo por una expresión de dulzura y extrema urbanidad. Un gorro de seda carmesí forrado de piel de marta y adornado con una pluma de halcón, una capa de seda amarilla con forros de finas pieles, una pelliza igualmente carmesí y largas polainas de terciopelo negro, componían el elegante traje de los caballeros, que no llevaban mas armas que un ligero sable chino. Por mas que lo deseara, Mr. Bourboulon no podía, sin ayuda de intérprete, entrar en conversación con ellos, los cuales se alejaron luego después de haberle saludado profundamente.

El capitán Bouvier, fue menos afortunado en el paseo que emprendió el mismo día. Después de haber atravesado el Tula, quiso penetrar en la *Montaña Sagrada*; pero por bajo del recinto, algunos lamas acampados bajo unas tiendas, vinieron atropelladamente hácia él, haciéndole comprender por hostiles signos, que no podía penetrar en el asilo del divino Budda. Otras tentativas que con igual objeto ensayó por puntos diferentes fracasaron también: la montaña estaba guardada por todas partes, y la mas severa consigna se oponía á la profanación de toda planta profana.

Mr. Bourboulon tenía gran deseo de visitar la *Sagrada Montaña*, que tenía para él el atractivo de la cosa prohibida. Mr. Schechmaroff obtuvo, no sin grandes dificultades, la autorización de uno de los grandes consejeros del Guison-Tamba, y en su virtud nuestros viajeros se encaminaron allá en una *tarenta* escoltada por una sección de cosacos. Al llegar al Tula, los cosacos se dispusieron á hacer la representación de una gran pesca al uso del país. Sentáronse, pues, los espectadores sobre un tapiz de verdura en una isla formada por un estrecho brazo del río, que pasaron á caballo; y á la sombra de sauces llorones, los pescadores comenzaron su tarea. Metiéronse hasta la barba en el río y pateando en el fondo, lo barrián con un trasmallo. Lo mas curioso era la singular destreza con que los cosacos, armados de cuchillos dentados, traspasaban al pasar los salmones y las truchas que procuraban libertarse con sus saltos prodigiosos. Tres golpes de red fueron sucesivamente dados y cada uno bajo la invocación de una de las presentes damas, reemplazando tan galantemente al

santo, sin cuya intercesion ningun siberiano osaria ejecutar acto alguno de su vida. Esta especie de patronato es un honor muy arraigado en el pais y los cosacos interpretaban el mas ó menos feliz éxito de la pesca por el valor de tales invocaciones. Los mara-

villosos productos de la empresa fueron puestos á los pies de los espectadores: truchas, salmones, anguilas y otras especies raras de pescado blanco. Depositáronse en canastos las mejores piezas y se abandonó el resto á los pastores y á las mujeres, que con pre-



Emigracion de los mongoles.

testo de llevar agua del rio, asistieron con gran complacencia á la hazaña de los cosacos. Sirvióse luego el té á la sombra de los árboles y despues Mad. Bourbonlon, muy débil aun para trepar á la Montaña, tomó otra vez la *tarenta* y se volvió al consulado.

Despues de su partida, los viajeros tuvieron que pasar á caballo el brazo mas ancho y profundo del

rio y rodearon luego la Montaña siguiendo una pradera, donde numerosos ganados de yaks, pertenecientes á Guison-Tamba, pacian bajo la guarda de los lamas, pastores de cabeza pelada y de andrajos rojos, acompañados de perros feroces, que apenas pudieron tener á raya los cosacos.

Por fin llegaron á las accesibles rampas de aque-



Panorama de Uiga.